

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

GRECIA, TURQUÍA Y EL MAR EGEO

El conflicto greco-turco en torno a la explotación de los fondos submarinos del mar Egeo no ocupó lugar destacado en los medios informativos hasta principios del pasado verano, más bien cuando el 26 de julio el barco turco «Sismic I» se hizo a la mar con el propósito de hacer sondeos al norte de la isla de Tharcos y la flota griega tomó posiciones para estorbar sus actividades. Sin embargo, ese conflicto no ha surgido en la actualidad. Data de 1974, cuando Grecia autorizó a compañías norteamericanas a hacer sondeos frente a aquella isla, descubriendo indicios no sólo de petróleo y gas natural, sino de otros minerales. Entonces Turquía arguyó que tales hallazgos se habían producido en su plataforma continental, o sea, en las tierras sumergidas que sirven de asiento a las tierras que emergen de los mares y océanos y que son soberanas, en este caso, turcas. No existe acuerdo unánime respecto a los límites de esa plataforma sumergida, que, al parecer, varían entre los 16 y los 32 kilómetros de las costas. De ahí que en sucesivas Conferencias del Mar, ni tampoco en la celebrada en San José de Costa Rica a mediados del pasado agosto, se ha desembocado en normas internacionales por todos aceptadas, lo cual no supuso inconveniente para que el Tribunal de La Haya, al que Atenas sometiera el pleito el 10 de agosto, desestimara un mes después la demanda de que se prohibiera a Turquía efectuar sondeos en el mar Egeo. Al tiempo, Atenas pedía la intervención del Consejo de Seguridad, lo que no impedía que, impertérrito, el «Sismic I» se dedicara a sus investigaciones en aguas que para Turquía son internacionales, pero territoriales para Grecia.

A la indeterminación de los límites de la plataforma submarina, que son de soberanía nacional, y al problema de los límites de las aguas territoriales entre Turquía y el desgranado collar de dos mil islas griegas en el Egeo, que no ha zanjado el dictamen de La Haya, se

agregan antecedentes históricos derivados de una larga dominación turca en tierras helenas y razones de prestigio y dignidad nacional. Insertan un elemento pasional en el complicado conflicto entre dos miembros de la OTAN, ya esquinados por la no resuelta ni fácil de resolver cuestión de Chipre, en la que Turquía saca provecho de su táctica de los hechos consumados. Es cierto que el Tratado de Londres de 1827 proclamaba la independencia de Grecia poniendo un término a la secular dominación otomana, pero dejando resquemores en la hondura del alma griega. No los ha disipado la reconciliación greco-turca, avalada por el Tratado de Ankara de 1930. Chipre lo ha evidenciado reiteradamente. Pero la Grecia de 1827 era recortada, reducida al Peloponeso y las islas Cícladas. Sólo a favor de cesiones, conquistas y circunstancias favorables ha adquirido sus límites actuales, singularmente en mengua de los límites del Imperio otomano. Así hasta 1913, por el tratado de paz de Londres que resolvió los problemas de la primera guerra de los Balcanes, las islas del Egeo no volvieron a la soberanía de Grecia. Por tanto, paralelamente a la importancia que lo mismo para Grecia que para Turquía tiene contar con las riquezas submarinas del Egeo, factor económico de peso, existe el ya señalado factor pasional que en todo conflicto desempeña el no desdeñable papel para movilizar a los pueblos. Porque si para Grecia las islas del Egeo son exponente de su recobrada independencia y ser histórico, para Turquía suponen el recuerdo de los descalabros de las guerras de los Balcanes y de la Primera Guerra Mundial, que redujeron al mínimo su posibilidad de control de las zonas marítimas e incluso de los estrechos, cuyo paso quedó regulado por el Tratado de Lausana.

Afortunadamente, por lo menos a la hora de redactar, los temores de choque armado entre Grecia y Turquía se han disipado, si es que realmente movilizaciones, estados de alerta e intimidaciones han significado algo más que las famosas invectivas entre griegos y sitiados en Troya. Por lo demás, ha entrado en juego la acción de los mediadores, en particular la de los norteamericanos no desalentados por el fracaso de la mediación alemana a primeros de agosto. Es que Washington está dedidido a impedir lo que Henry Kissinger calificó de «catástrofe para Grecia y Turquía y desgracia para la OTAN». Porque si se ha descebadado el explosivo no es éxito que se pueda atribuir al Consejo de Seguridad que el 25 de agosto, tras oír las mutuas recriminaciones de griegos y turcos, en ambigua resolución recomendó moderación y negociaciones, que es tanto como desear salud y buenos ánimos a un enfermo. En suma, el Consejo de Seguridad confía en que los dos países

enfrentados no llegarán a los extremos, aunque a estas alturas Grecia no sea ya la desvalida y un poco acomplejada nación que hubo de asistir impotente a la invasión de Chipre por el ejército turco. En la actualidad está en condiciones de no achicarse ante las presiones de Ankara, lo que no se ha privado de hacer poniendo sus fuerzas en estado de alerta y celebrando maniobras navales en el mar Egeo a principios de septiembre, coincidiendo con nuevos brujuleos del «Sismic I» por esas aguas. Es que la Grecia de Karamanlis ha modernizado y reforzado su ejército sin pérdida de tiempo, en particular mediante suministros de armas francesas, en tanto que el embargo decretado por el Congreso norteamericano sigue gravitando sobre Turquía. Es decir, que en la eventualidad, harto hipotética de un choque armado greco-turco queda descartado para Turquía el paseo militar o las muy superables dificultades con que tropezó en Chipre. Es lo que confiere extrema gravedad a un enfrentamiento greco-turco, en el que se producirían implicaciones foráneas, por cuanto en razón de los estrechos la URSS manifiesta sumo interés por Turquía, a la que ha venido apoyando en lo que atañe a su tesis sobre Chipre.

Descartado un conflicto armado entre Grecia y Turquía por demencial y peligrosísimo para la paz, cuando menos en el Mediterráneo; desestimada la petición formulada por Grecia al Tribunal de La Haya; inocua la resolución del Consejo de Seguridad, parece quedar una airosa y sensata salida para los dos países con vistas a salir del atolladero económico-pasional: la negociación. Por buenas componendas, ya que un mediocre acuerdo es preferible a una victoria militar, y considerando la conveniencia de mantener la estabilidad en el Mediterráneo, por precaria que sea, Grecia y Turquía tal vez se inspiren en el Tratado suscrito en 1942 entre Gran Bretaña y Venezuela respecto a la entonces colonia británica de Trinidad. Por ese tratado se reconocían «derechos de soberanía y contralor» sobre los fondos submarinos del brazo de mar situado entre las costas venezolanas y la isla de Trinidad, o sea, el golfo Paria. El tratado ha surtido efectos, puesto que ni siquiera la independencia de Trinidad en 1962 ha originado problemas entre los dos países interesados.

LA V CONFERENCIA DE PAÍSES NO ALINEADOS

Iniciada el 6 de agosto a nivel de ministros de Asuntos Exteriores y oficialmente inaugurada la de jefes de Estado o de Gobierno el 16 del mismo mes, se celebró en Colombo, capital de Sri Lanka, la V Confe-

rencia de Países no Alineados, del Tercer Mundo —entiéndase subdesarrollados o «pobres»—. Ninguna de estas denominaciones indistintamente atribuidas a los países representados en Colombo es fiel reflejo de la realidad global. En realidad, como ha dicho un agudo observador, sólo hay dos países no alineados: Estados Unidos y la URSS. China Popular es cuenta aparte por estar a la vez adscrita y no adscrita a los dos campos antagónicos del Este y el Oeste. Y si de «pobres» se califican a los países asistentes a la Conferencia de Colombo, la presencia de Kuwait, Bahrein y restantes Cresos petrolíferos hace cuando menos incongruente la denominación.

Con todō, esa Conferencia ha sido un hecho no carente de interés. Puso de manifiesto, en primer término, que lejos de agostarse en el arenal de los años el arroyo que, consecuentes con los acuerdos de la Conferencia de Bandung, el mariscal Tito y el presidente Nasser alumbraron en Brione, va en crecida. Los 25 países de la primera Conferencia de Belgrado en 1961 han pasado a ser 85 en Colombo, cierto que con la participación de países nacidos desde entonces a la independencia. Pero por fas o por nefas, puede decirse que 2.000 millones de seres humanos hacían oír su voz por boca de sus representantes, aunque sería muy arriesgado decir que democráticamente habilitados a tal efecto. Contrapartida inevitable de la creciente adhesión al No Alineamiento, se multiplicaron las divergencias y salieron a flote conflictos latentes que oponen entre sí a miembros asiáticos y africanos, sin excluir a los árabes, una vez más divididos entre moderados y radicales.

El objetivo fundamental que persiguió en Colombo el mariscal Tito, gran sacerdote del No Alineamiento, era a la vez político y económico. De una parte, crear zonas mundiales impermeables a las influencias de las superpotencias, en particular de la URSS en Africa, donde el episodio de Angola —presente en Colombo— ha mostrado que el Kremlin puede meter baza a la hora de la descolonización o liberación al socaire de un No Alineado. No prestó la Conferencia especial atención a esta modalidad de intervención por carambola, ni rechazó airada el mensaje de Breznev animándola en sus tareas contra «el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo», desde luego monopolio de los Estados Unidos y sus conmlitones. En cambio, el mensaje del primer ministro de China Popular, Hua Kuo-feng, ponía en guardia contra las dos superpotencias, aunque cargando el acento en el «socialimperalismo». En suma, los propósitos del mariscal Tito de poner en cuarentena a las superpotencias, coincidente con la advertencia china, cayeron

en saco roto. En lo económico, el mariscal Tito y demás asistentes a la Conferencia volvieron sobre el tema de la autoadministración de las materias primas. La OPEP y sus éxitos se impone como modelo digno de imitarse, pero no al extremo de que se llegara a conclusiones prácticas, sin duda coartados los interesados por el cúmulo de dificultades que supone poner en marcha esa especie de autogestión colectiva, singularmente en el actual sistema monetario, que no estaba al alcance de la Conferencia modificar. Es decir, que los grandes planes políticos y económicos —éstos sobre todo— rebasaban las posibilidades de los reunidos en Colombo. De ahí que los asuntos bilaterales, en definitiva secundarios para los países no directamente interesados, ocuparan lugar destacado en las deliberaciones, pese al ruego de la primer ministro de la India, señora Gandhi, de que se fuera al bulto. Para ella el bulto era primordialmente la neutralización del océano Indico, más claro, la eliminación de influencias norteamericanas y chinas. Por tanto, se trató del Sahara, del canal de Panamá, de las Malvinas, de Corea, del Sureste asiático, el «eurocomunismo», de la isla Mayotte, aunque electoralmente se haya pronunciado en favor de su pertenencia a Francia, y del territorio de los Afars y los Issas, que Etiopía codicia y que figura en la Constitución de Somalia como parte del territorio nacional. No podían faltar, es evidente, los temas de Namibia, Rhodesia y Africa del Sur, cuyo famoso *apartheid* levanta ampollas generalizadas. Tales temas lograron la unanimidad, como lo logró la petición de boicot contra Francia, llevada a la picota por haber suscrito con Africa del Sur un contrato de venta de una central atómica. ¡Mudanza de las cosas de este mundo! En la IV Conferencia de Argel todo habían sido elogios y flores para Francia, opuesta a la Agencia Internacional de la Energía. A lo antedicho hay que agregar la conclusión de más peso dentro de un orden democrático mundial y que pudo dejar pensativo al señor Waldheim, presente en Colombo: la abolición del derecho de veto en el Consejo de Seguridad. Dado que numéricamente los países de Colombo dominan en la ONU, no cabe descartar que a la corta o a la larga den al traste con el veto, incuestionablemente antidemocrático. ¿Perjudicaría mucho a la URSS semejante abolición?

Aunque los resultados de la Conferencia de Colombo son más bien negativos, no sería prudente menospreciar la importancia de estas asambleas multinacionales vocingleras y costosas (al parecer la factura de Colombo asciende a más de 20 millones de dólares). Por lo pronto, se ha indicado que los 85 países pueden poner en tela de juicio la legitimidad del derecho de veto de los «Cinco grandes». Ello

podría llevar a una reforma de la ONU, que quedaría en manos de los países del llamado Tercer Mundo. De otra parte, aunque los no alineados estén políticamente invertebrados, la economía puede servir de catalizador para llegar a la unión como sucede en la OPEP. La OPEP no suscitó alarmas a la hora de su creación en 1960. No impide que, andando el tiempo, tenga en vilo, pendientes de sus decisiones, a los países importadores de petróleo.

La crisis del petróleo de 1973 evidenció la fragilidad de las bases en que se asienta la economía del mundo occidental, en particular la de Europa. Esa economía no es sólo frágil en materia energética. Europa es pobre de materias primas que su industria engulle con glotonería. Por tanto, depende de los países productores. Que los productores de cobre, hierro, etc., se «opepicen» y Europa se vería abocada a la catástrofe. Como quiera que ir «en contra» es factor de unión de los desunidos del Tercer Mundo, no se puede ceder a la tentación de ironizar sobre los parcos resultados de la Conferencia de Colombo, aunque hoy por hoy tenga visos de parto de los montes.

MUERTE Y SUCESIÓN DEL PRESIDENTE MAO TSE-TUNG

Aun antes de difundirse la noticia de que el presidente Mao Tse-tung había fallecido el 9 de septiembre, especialistas, observadores y simples interesados por la política internacional se habían formulado esta pregunta: ¿Qué pasará en China Popular, qué rumbos tomará China Popular cuando desaparezca el Gran Timonel de esa gigantesca nave? Nadie ha dado ni pudo dar una respuesta contundente y apenas si ha facilitado cautelosas previsiones. Sigue tan arcana como anteriormente la orientación de futuro de esa China de la que Mao Tse-tung fue el máximo artífice, junto con Chou En-lai y el mariscal Chu Teh, también héroes de la Larga Marcha y también muertos ambos en 1976, sin excluir a algunos otros que se hundieron o se mantuvieron a flote de las sucesivas olas que ha registrado la revolución china. Sin embargo, nadie simbolizó y representó la revolución que en 1949 asumió el poder como Mao Tse-tung, el joven que en el I Congreso del Partido Comunista China de 1921 sólo fue uno más entre los doce miembros fundadores. Nada permitía vaticinar entonces el grandioso destino que lo aguardaba. Pero en contraposición con lo desdibujado de su actuación en el acto fundacional, la historia de China a partir de los años treinta, tanto como la historia de su partido comunista, es la

de Mao Tse-tung. Su avasalladora y compleja personalidad ha ocupado de tal modo el escenario de ese país que ha llegado a ocultar su futuro.

Prescindiendo deliberadamente de la sangre y las lágrimas que costó la revolución capitaneada por Mao Tse-tung, un balance de lo conseguido por él arroja un saldo positivo en lo administrativo, lo social y económico, aunque el desarrollo agrícola, objeto de muchos desvelos, no haya respondido a las esperanzas puestas en el plan de doce años y China siga siendo importadora de cereales. Mas considerando el punto de partida, el atraso de China, su falta de tradición científica y tecnológica, los avances han sido espectaculares. Dígalo si no el hecho de haberse convertido en potencia atómica con su propio esfuerzo. En suma, la Nueva China ha salido del bache de la miseria, el anacronismo y la humillación para instalarse en una decorosa pobreza, voluntad de progreso y respeto internacional.

De otra parte, como en tiempos de las grandes dinastías chinas en su apogeo, China Popular ha reconstruido la rota unidad política del inmenso país comprensivo de diversas nacionalidades, en tanto que el régimen ha aguantado los embates de la gran crisis económica originada por el Gran Salto (1958), tremendo error de apreciación de las posibilidades de desarrollo del país; la ruptura ideológica con Moscú (1962), y la grave crisis política de la Revolución Cultural. Aunque encauzada a la postre y dominada en lo que tuvo de anárquico por la autoridad de Mao Tse-tung y el Ejército, ha dejado planteado en China lo que acaso sea su máximo problema: el que un partido, hasta entonces ciega y reverentemente obedecido, resultara desmitificado por cuanto la Revolución Cultural puso a la orden del día la despiadada crítica de sus dirigentes sin respeto a su pasado, su fama o jerarquía. Ni siquiera Chou En-lai se libró de alguna salpicadura. El poder personal y prestigio de Mao Tse-tung salieron fortalecidos de esa prueba del fuego, pero desde entonces el partido no ha recobrado la plenitud de su autoridad ni su homogeneidad oficial. Tal prueban las destituciones que acompañaron la nueva caída el pasado abril de Teng Hsiao-ping, ya arrojado a las tinieblas exteriores durante la Revolución Cultural y más tarde rehabilitado. Esa falta de unidad real se acrecienta con la descentralización que también provocó la Revolución Cultural, de suerte que en la actualidad los Comités de Shanghai, Cantón y Nanking, en cuanto a fuerza política, están en parangón con Pekín, donde impera lo que podría llamarse la camarilla de Mao Tse-tung. De otra parte, acaso el Ejército pueda no estar tan supeditado al partido como se acordó en el IX Congreso (1969), ni cierre filas discipli-

nadamente en torno a los jefes más adictos a la línea política de Mao Tse-tung. Es decir, que, llegado el caso, no sería imposible que algún sector de ese Ejército se tirase al ruedo. Por ejemplo, el que en tiempos fuera más adicto a Lin Piao.

Derribada por la muerte la montaña que era Mao Tse-tung, aparece en China un panorama de llanura en el que no se impone personalidad alguna con talla suficiente para ocupar el gran hueco que ha dejado no sólo en los diversos órganos del partido, sino en la vida nacional, por lo cual puede que la sucesión se resuelva inicialmente mediante la dirección colegiada, inclusiva de Hua Kuo-feng, que de modesto y eficaz funcionario en Hunan pasó a ser miembro del Politburó en 1973 y viceprimer ministro y ministro del Interior en 1975, puesto desde el que accedió a primer ministro y vicepresidente del Comité Central el pasado abril. El hecho de que fuera él quien pronunció el discurso fúnebre el día del entierro de Mao Tse-tung avala la hipótesis de su permanencia en el poder en cuanto «número uno», en tanto que el «número dos», dentro del partido, es el jefe del llamado «grupo de Shanghai», Wang Hung-wen, y el «número tres», Chang Chun-chiao, que preparó la reforma constitucional de 1975 y es actualmente primer vicepresidente del Gobierno. Habida cuenta de que, según estiman los peritos en conocimiento de China, el chino tiende preferentemente a la mesura y el compromiso antes que a la violencia y al radicalismo —a despecho de las apariencias—, cabe estimar que de momento impere la fórmula colegiada. Fue la que se aplicó en la URSS al morir Stalin, aunque no se tardara en volver al sistema de convertir al secretario general del Partido Comunista en eje de la política del país. Es decir, que superado el trauma originado por la muerte de Mao Tse-tung, la eventual dirección colegiada podría enfrentarse con tendencias y ambiciones que el Gran Timonel neutralizó sin aniquilarlas.

De momento, los telegramas de pésame devueltos a los partidos comunistas de los países del Este y también a los adalides del «eurocomunismo», los partidos de Francia e Italia, así como el envío de refuerzos militares a las fronteras con la URSS, ponen de manifiesto que el equipo que más o menos temporalmente encabeza la vida política de China Popular se atiene a la derrota marcada por el difunto maestro en lo interior e internacional. Los miembros de ese equipo fueron llevados a los puestos que ocupan en el partido cuando él vivía. Eran puestos en cierto modo de segundo plano, pero que han facilitado el propósito de «que su prestigio se asiente antes de mi muerte», como dijo Mao Tse-tung en 1966. Entonces su sucesión correspondía a Lin

Piao, pocos años después convertido en abominable traidor. Se evidencia, pues, cuán fértil en sorpresas y cambios de decorado es el escenario político de China. Por tanto, un dirigente chino no puede morir «feliz y tranquilo pensando que ha construido para siempre», como ironizaba Jacques Bainville en delicioso cuento filosófico dedicado al inventor de la ciudad lacustre, que ponía a la tribu prehistórica a salvo del ataque nocturno de las fieras.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

